

Primera biografía del hombre que pasó de ser un ganadero a comandante paramilitar

Mancuso, su vida

Editorial Norma reconstruye en 12 capítulos los años en los que este finquero descendiente de italianos transitó los caminos de la guerra, para liderar una organización ilegal que hoy mide fuerzas con el gobierno del presidente Uribe, en un proceso que pretende su desaparición.

REDACCIÓN JUDICIAL

El proceso de desmovilización de las autodefensas ha puesto en relieve el protagonismo de Salvatore Mancuso. La periodista Glenda Martínez reconstruyó la biografía del polémico personaje. Un trabajo de varios meses, en contacto directo con él jefe paramilitar y con la gente de la región que lo conoció desde niño.

El libro da cuenta de la vida de este hombre en su tránsito de estudiante a ganadero y de ganadero a paramilitar. Hoy, los Estados Unidos pretenden que responda por delitos de narcotráfico. Pero acaba de comprometerse con el Gobierno a iniciar la desmovilización de una fuerza militar ilegal que en su historia ha cometido actos de violencia y barbarie que el país difícilmente podrá olvidar.

El Espectador reseña algunos apartes de los capítulos más reveladores de este libro, que saldrá al mercado la próxima semana y que hace parte de una colección de libros sobre la realidad nacional, coordinada por la periodista María Elvira Bonilla.

MUERTE DE SU AMIGO

"Martha Dereix recibió el mensaje de pie junto a la puerta y no se movió de ahí hasta que el timbre volvió a sonar un rato después. Esta vez era Salvatore Mancuso Gómez, su esposo, que llegaba después de una jornada de trabajo en el campo. Esa tarde del 11 de junio de

1993 como pocas veces en sus doce años de matrimonio, ella no le dio el abrazo habitual y se limitó a transmitir el recado con la misma brevedad que lo había hecho el mensajero. Uno de sus amigos, el mayor Walter Frattini-Lobaccio, segundo comandante del Batallón Junín, había sufrido un accidente a bordo de un helicóptero durante una operación militar. La noticia lo dejó perplejo. Saltó a su campero rumbo a la sede de la XI Brigada del Ejército, en las afueras de Montería, con las botas de trabajo y el pantalón de drill sucio de barro hasta las rodillas. (...) Los hombres del puesto de seguridad a la entrada de la sede militar le abrieron paso sin preguntas. Desde hacía dos años la guardia estaba acostumbrada a verlo en los entrenamientos, en las reuniones de seguridad, en el polígono, en la pista de ejercicios o en el casino de los oficiales. Atravesó a toda velocidad el parqueadero

Salvatore Mancuso, líder de las autodefensas. / GABRIEL APONTE

y el campo de paradas, y sólo disminuyó frente a las oficinas. Pasó de largo el despacho del comandante de la Brigada, el coronel Carlos León-Gómez, cuando en el pasillo uno de los oficiales que lo conocía de memoria le precisó la noticia. El mayor Frattini había desaparecido esa misma tarde. Un reducido de la guerrilla del Ejército Popular de Liberación (Epl) había derribado su helicóptero en el filo del cerro Coiba, en la vereda El Dos, jurisdicción de Turbo, mientras intentaba defender a un grupo de soldados contraguerrilleros arrinconados contra los cerros.

El oficial no tuvo que entrar en minucias. A Salvatore Mancuso su condición de civil no le impedía tener acceso a las estrategias de la milicia para detener el avance de la guerrilla en Córdoba. Con su puntual asistencia a las reuniones de ganaderos y agricultores convocadas por la Brigada, las do-

minaciones de gasolina, acpm y la información, siempre confiable, que conseguía alternando su oficina de finquero con el de colaborador de las Fuerzas Militares, había alcanzado un alto nivel de confianza. Al punto que Frattini y otros oficiales de la época recurrían a él para planear sus operaciones" (...)

SU ORIGEN EUROPEO

"18 días duró el viaje a bordo del Marco Polo, el último transatlántico que atracó en Cartagena la mañana del 12 de septiembre de 1956. No era, ni de lejos, un barco de lujo, sino un armazón metálico cuidadosamente dividido en pequeños camarotes y pasillos estrechos. La luz existía gracias a un generador eléctrico que roncaba puntualmente cada noche mientras permanecía prendido, con un gemido que se escuchaba en todo el barco. Muchos de los pasajeros preferían el sueño diurno y la actividad nocturna, a pesar de que en la noche había que templar el estómago contra las náuseas, provocadas por el constante bambolear en alta mar. En Cartagena quedaron anotados uno a uno los nombres y la procedencia de los pasajeros que desembarcaron ese día, la mayoría extranjeros procedentes de Barcelona y Las Islas Canarias, donde paró el barco en el tercer día de recorrido. Sólo un pasajero había hecho el trayecto completo desde Nápoles, Salvatore Mancuso Gómez" (...)

Así quedó consignado en el registro de entrada, en el que también declaró ser soltero, tener 25 años y llamarse Salvador, ante la dificultad de hacerse entender en italiano. Asimiló la traducción de inmediato y el nombre con el que lo habían bautizado en Pontecagnano, el pueblito donde nació cerca de Salerno, en 1931, lo reservó para su segundo hijo varón, Salvatore Mancuso Gómez" (...)

EL ESTUDIANTE

Salvatore Mancuso regresó en marzo de 1989, "a poner en práctica en Campamento lo

que había aprendido en sus clases nocturnas de administración agropecuaria en la Escuela de Formación Técnica Agrícola (Esatéc). Después de cinco años de ausencia, llegaba trilingüe y casi ingeniero civil de la Universidad Javeriana, luego de haberse dedicado sus mañanas a siete semestres de estudio. Estaba más al corriente de lo que sucedía que los propios finqueros. Desde que había salido de su casa por primera vez, en 1983, para irse a la Universidad de Pittsburgh, en Pensilvania, Estados Unidos, su obsesión por la suerte de Montería, sus amigos y sus tierras no había cambiado.

Nunca quiso, como sí lo hicieron sus compañeros de apartamento y amigos de juventud

Estados Unidos para emprender un nuevo viaje, esta vez hacia Bogotá y en compañía de su esposa. Después de tres años de matrimonio formal y un hijo, Gianluigi, no sabían de convivencia. Fue en un apartamento en Chapinero, frente a la antigua sede de la embajada de Estados Unidos, con todas las limitaciones de los estudiantes, donde conocieron la vida en pareja, mientras su hijo crecía en Montería, al lado de su abuela Eulises. El ejercicio de la paternidad a la distancia le alimentaba más la curiosidad por saber lo que sucedía en Córdoba. Las conversaciones telefónicas con su padre y su madre se fueron llenando de largos relatos y anécdotas sobre incidentes y amenazas que mantenían en zozobra a propios y conocidos. Reproducían los diálogos. "Patrón, esta madrugada pasaron unos muchachos armados pidiendo leche, posada y una ternera para comer. Que le dejaron dicho que si no va a colaborar que usted ya sabe con cuánto y cómo, que no vuelva hasta que no pague y que si no va a pagar, mejor que venda. Que no se haga el bobo, patrón, que ellos saben dónde vive y cuántos son sus hijos". Salvatore Mancuso escuchaba sin interrumpir y luego preguntaba los detalles. Cada precisión en los nombres de las víctimas, sus cuñados, sus tíos, los papás de sus amigos, cada dato nuevo, lo perturbaba" (...)

DE FINQUERO A PARAMILITAR

"Una tarde de 1992, cuando salía de Campamento hacia Montería, vio acercarse a tres hombres. A la distancia supo de quiénes se trataba. En un acto reflejo, tomó una de sus escopetas de cacería, la desenfundó y salió a esperarlos. Impávido, recibió el recado del comandante Camilo, que traían los tres guerrilleros. Pedía que el señor Mancuso fuera a uno de sus campamentos, vecino a Campamento. Pero el señor Mancuso no estaba para recibir recados. Levantó la escopeta

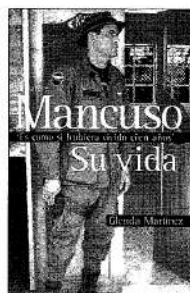
de caza y les apuntó al pecho. "Si ustedes me quieren llevar, me tienen que cargar muerto. Pero para llevarse mi cadáver primero yo disparo esta escopeta. Díganle a su comandante que si quiere venga a conversar y arreglar las diferencias que tenga conmigo, pero aquí". La imagen fija de los guerrilleros paralizados les desnudó su miedo. Una escena tan certera que se convirtió posteriormente en una máxima de guerra para animar a su tropa: "El enemigo también siente miedo". Salvatore Mancuso había tomado la decisión de su vida" (...)

DE LAS ACCU A RALITO

"En Las Tangas, el nuevo anfitrión, José Vicente Castaño, que había regresado de Europa por petición de su hermano Carlos, para organizar las autodefensas, hasta ese momento un proyecto con visos familiares, ratificó su propuesta. Tal era el significado del ingreso de Mancuso a formar parte de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, que de inmediato los Castaño formalizaron la primera dirección de autodefensa. Estarían Carlos Castaño como cabeza visible, Mancuso, a quien se referirían en adelante como Santander Lozada; Rodrigo Tovar Puppó, Jorge 40; Hernando, H2, y Carlos Mauricio García, Rodrigo Doble Cero. De este grupo de fundadores quedan en las Autodefensas Vicente Castaño, Mancuso y Rodrigo Tovar" (...)

"La idea de una negociación empezó a rondar con fuerza en la cabeza de Carlos Castaño, al tiempo que redescubría un sentimiento que tenía olvidado por la guerra: el amor. Kenia, con sus ingenuas ocurrencias de adolescente enamorada de escaparse a Europa y cambiar sus nombres para que 'nadie viera a saber de nosotros', le pedía echar tierra a un pasado que le pesaba cuando miraba hacia delante (...). En mayo de 2002, renunció irrevocablemente a la dirección política de las Auc. Una decisión que posibilitó el ascenso político de Salvatore Mancuso. Sus prioridades habían cambiado y tenía puesta la atención en la contienda electoral que enfrentaba a Horacio Serpa y Álvaro Uribe, cuyos resultados serían definitivos en el futuro. Las apuestas estaban a favor de Uribe, quien había hecho pública su disposición de negociar con cualquier grupo armado, sobre la base del cese de hostilidades y la desmovilización (...). Carlos Castaño, sin ningún reparo, había hecho público todo lo que para él significaba su hijo: el inicio de una nueva vida en familia, el motor para dejar las armas, la esperanza del futuro (...). Rosa María nació con retardo mental severo, ocasionado por una extraña anomalía conocida como el Síndrome del Maullido del Gato (*Le Cri du Chat*). En adelante, todo perdió sentido para Carlos Castaño. El liderazgo político de Salvatore Mancuso tomó forma" (...)

Como hombre de guerra, Salvatore Mancuso no tiene memoria. No cuenta cómo ni cuando disparó, atacó, se defendió, dio órdenes, dirigió combates, organizó emboscadas, recogió heridos, enterró combatientes, vio morir gente inocente y se acostumbró a la sangre. Los muertos perdieron su nombre y apellido y dejaron de contarse. De sus siete años de guerra, no habla. (...) Las huellas no se le ven en el rostro, pero de ellas, a sus cuarenta años cumplidos, dice: "Las cicatrices se llevan en el alma. Esta guerra es como si hubiera vivido cien años"."



Portada del libro sobre la biografía de Salvatore Mancuso.